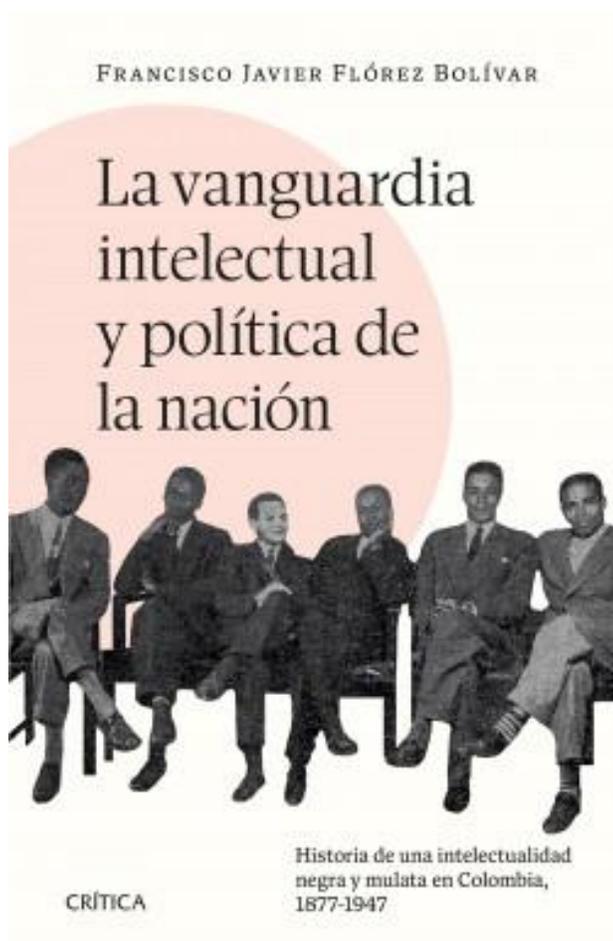


**Francisco Javier Flórez Bolívar, *La vanguardia intelectual y política de la nación. Historia de una intelectualidad negra y mulata en Colombia, 1877-1947*. Bogotá, Editorial Planeta de Colombia, 2023.
383 págs.**

Olga Lucía Martán Tamayo
El Colegio de México



Estamos ante un libro fascinante que no sólo plantea discusiones de interés para la comunidad académica, sino también para un público más amplio y diverso. Por pertenecer estas páginas a una revista especializada en los estudios afrolatinoamericanos y afrocaribeños, y por el campo disciplinar en el que se ubica el autor de *La vanguardia intelectual y política de la nación*, en esta reseña me ocuparé sobre todo de destacar las contribuciones más importantes del libro para el conocimiento del pasado y para el campo de los estudios afrocolombianos.

Lo que hace que este sea un libro necesario es que, a pesar de los estudios cada vez más recurrentes en torno a las trayectorias políticas, intelectuales, artísticas y literarias de negros, mulatos y afrocolombianos, hasta ahora ninguno se había abocado a la titánica empresa de ofrecer una visión de conjunto que fuera más allá de los esfuerzos de reconstrucción biográfica y que diera cuenta de la emergencia de un campo o de una generación de intelectuales que además de compartir un origen racial, introdujo algunos debates que ampliaron los marcos de comprensión nacional de la Colombia de 1877 hasta 1947. Sin proponérselo, quizás, este libro ofrece claves metodológicas interesantes para quienes tienen especial

interés en las biografías colectivas y en los estudios prosopográficos. Aquí encontramos tanto las conexiones como las distancias entre una constelación de sujetos sociales que se caracterizaron por su sonoridad y resonancia; por comportar un protagonismo episódico o, sencillamente, por haber sido desenterrados del anonimato tras el agudo ejercicio detectivesco que juiciosamente emprendió Flórez Bolívar.

En concordancia con lo anterior, el libro se concentra en reconstruir los “términos de inclusión y las acciones -individuales y colectivas- a las que apelaron letrados negros y mulatos para navegar el orden socio-racial colombiano en los períodos conocidos en la historiografía como la República de los Blancos y la República Liberal” (21). Esto es particularmente importante porque, hasta el momento, gran parte de las investigaciones existentes se han concentrado en el estudio de los intelectuales del mundo andino, con especial atención en las generaciones de los regeneradores, de los centenaristas, de los nuevos y de los leopardos, los cuales omitieron la discusión sobre las bases raciales a partir de las cuales se edificó la sociedad colombiana del período delimitado por el autor. Así, para lograr su objetivo, Flórez Bolívar se vale de una multiplicidad de fuentes que van desde los artículos de prensa y proyectos de ley, hasta los poemas, coplas, canciones, pinturas y novelas a través de las cuales se expresaron sus sujetos de estudio.

El libro se encuentra dividido en dos partes en las que se desarrollan siete capítulos y una conclusión que, aunque comportan una lógica cronológica, al mismo tiempo introducen una continuidad de núcleos temáticos por medio de los cuales el autor va dando cuenta de su objeto de investigación. En este sentido, quiero permitirme destacar los atributos y rasgos destacables que en términos generales encuentro en esta obra.

En primer lugar, Flórez Bolívar logra demostrar cómo en el tránsito del siglo XIX al XX la presencia paulatina y gradual de negros y de mulatos profesionales o autodidactas, se hizo palpable en el universo letrado colombiano con figuras tales como Juan José Nieto, Candelario Obeso, Jorge Artel, Antonio María Zapata, Diego Luis Córdoba, Manuel Zapata Olivella, Adolfo Mina Balanta, Marino Viveros, Ernesto César Ariza, Natanael Díaz y Carlos Calderón Mosquera, entre otros. Muchos de estos intelectuales se dedicaron a escribir y a difundir sus cuentos, poesías, crónicas y otras expresiones de cultura escrita, en los periódicos locales de sus provincias o en otros de mayor circulación nacional, tanto por el goce de escribir, como por la necesidad de demandar mayores espacios de participación. Además, al escudriñar las condiciones que hicieron posible la emergencia de la Vanguardia Intelectual, el autor no sólo documenta los procesos de movilidad socioeducativa experimentados por los estudiantes negros y mulatos de las costas Caribe y Pacífica y las demandas que desde el siglo XVIII estos sectores venían haciendo por el acceso a la educación, sino también los intercambios y circulaciones tanto de personas como de ideas por las aguas entrecruzadas de Cartagena, la provincia del Sinú y el Atrato. Esta sensibilidad e incluso apuesta metodológica por comprender las aguas como un espacio social, me parece un aporte valioso porque permite develar cómo ciertas ciudades, como Cartagena, presa de las imágenes andinocéntricas que la reducían a la tropicalización, realmente desarrolló una interesante dinámica de producción y formación intelectual, cuyo epicentro clave fue la Universidad de Cartagena.

En segundo lugar, el autor no se conforma con indicar las acciones, las iniciativas y los espacios en que estos sujetos se empezaron a mover, sino que también se ocupa de explicar la confluencia de distintos muros de contención que mantenían a las personas negras y mulatas en condición de desventaja estructural. Me estoy refiriendo a la narrativa de la hispanidad como elemento constitutivo de la nación que con fuerza defendió, por ejemplo Rafael Núñez; a la visión homogenizante que las élites del país tenían de la comunidad imaginada; a las pretensiones de que sus pobladores se comunicaran según los parámetros puristas de la Fundación Colombiana de la Lengua y a los complejos influjos que corrientes tales como el determinismo geográfico y el racismo científico tuvieron en la reproducción de imágenes y de estereotipos asociados a la barbarie, al infantilismo y a la incivilidad de las personas negras y de sus territorios. Ante ello, es sorprendente cómo, a pesar de los

diagnósticos promulgados por personalidades como Miguel Jiménez en torno a la decadencia e inferioridad racial, el autor logra rastrear los mecanismos a los que apelaron negros y mulatos para interpelar la conexión mecánica que las élites del país establecían entre origen racial y atraso. Incluso, desde la historia social que permea el libro, nos es posible comprender que las desigualdades económicas y educativas que experimentaban las poblaciones negras devenían del pasado esclavista, el cual se imbricaba con otras problemáticas asociadas a la precariedad laboral, a la pervivencia de relaciones de servidumbre, a los injustos acuerdos que las multinacionales establecían en los territorios y, por supuesto, a la perpetuación de estigmas raciales.

En tercer lugar, otro de los temas, que aborda reflexiones planteadas por el autor en otros espacios escriturales y a los cuales les da continuidad en este libro, tiene que ver con los mecanismos que letrados negros y mulatos desplegaron para lograr la ampliación de su ciudadanía. Estos mecanismos se caracterizan por su profunda historicidad, versatilidad y creatividad. Por ejemplo, los pardos de Getsemaní participaron en el movimiento independentista con el fin de obtener mayores espacios y reconocimiento; Antonio María Zapata, guiado por sus convicciones liberales, comprendió la educación en términos de instrucción y necesidad política y por ello ofreció tanto en Lorica como en Cartagena, un centro educativo bajo la bandera de que la educación debía estar libre de prejuicios; varios de los intelectuales que participaron en El Club Negro, dentro de los cuales se encontraba Manuel Zapata Olivella, apelaron al discurso del mestizaje como una forma de contrarrestar los lenguajes sobre la superioridad e inferioridad racial; ante los efectos del auge exportador de 1880 hasta 1930, la perpetuación de relaciones serviles, la instauración de lógicas de explotación del trabajo obrero y el despojo sistemático de tierras a comunidades negras, indígenas y campesinas por parte de multinacionales, negros y mulatos no sólo sintieron afinidad con las agendas liberales y socialistas que circularon en el tránsito del siglo XIX al XX, sino que además tuvieron una participación política y organizativa de gran actividad. Es más, aquí es destacable la identificación que el autor hace de las agencias desarrolladas por mujeres tales como Juana Julia Guzmán. Todo esto nos permite observar que de lejos negros y mulatos asumieron una actitud pasiva y que no estaban desconectados de las discusiones y reivindicaciones que se estaban gestando incluso en contextos internacionales.

En resumidas cuentas, podríamos afirmar que el campo de la historia intelectual que se ha esculpido desde la historiografía colombiana ha privilegiado fundamentalmente las formas de pensamiento y las trayectorias intelectuales del mundo andino; en contraste, la investigación de Flórez Bolívar opta por otro camino al fijarse en una generación de escritores procedente de las costas Caribe y Pacífica. Con ello, el autor no sólo da cuenta de los términos de inclusión a los que estos sujetos apelaron para navegar en el orden socio-racial colombiano de 1877-1947, sino que además abre las puertas de un mundo intelectual extraordinariamente rico que, al tiempo que se dio a la tarea de cuestionar la mirada estereotipada que las élites regionales y nacionales habían construido sobre la población negra y mulata, puso a circular nuevos enunciados sobre la trata esclavista, la nación, el Estado, la modernidad, la ciudadanía, la educación, el socialismo y la democracia, con lo cual Flórez Bolívar apertura un camino prometedor para que futuros investigadores podamos dedicarnos a explorar una suerte de historia conceptual de la Vanguardia Intelectual.